



La torre y la ciudad

En el cuento «El escudo de la ciudad», Franz Kafka habla de la torre de Babel. «Lo esencial de esta empresa –dice– es la idea de construir una torre que llegue al cielo. Al lado de esta idea todo lo demás es secundario». Pero esta cruda expresión de la voluntad de poder puso fin a la construcción de la torre. La sumisión de todos a un proyecto único y permanente es la fantasía de cualquier poder (a su forma extrema la llamamos totalitarismo), pero es contraria a la multiplicidad de proyectos distintos que constituye una ciudad, que es pluralidad y no unidad. «Mientras haya hombres, durará este fuerte deseo de construir la torre hasta el final». Otros, con otros medios, lo harán con más eficacia: «¿Por qué entonces esforzarnos hoy hasta el límite de nuestras fuerzas?». «Tales pensamientos paralizaban las fuerzas, y, más que en la construcción de la torre, se interesaban en la construcción de la ciudad de los obreros.» Y comenzaron los conflictos: cada nacionalidad quería el mejor barrio, enzarzadas en continuas disputas. En los tiempos de tregua embellecían la ciudad: nuevas envidias, nuevas disputas. Y cuando se reconoció la necesidad de una torre que llegase al cielo, «los unos y los otros ya estaban demasiado vinculados entre sí como para abandonar la ciudad».

La torre de Babel no era una ciudad porque no admitía el conflicto, la pluralidad. Y «a principios de la construcción [...] todo estaba suficientemente en orden». Sobre la imposibilidad de la torre nació la ciudad, de la misma manera que las leyes disociativas del *logos* rompen la rigidez del orden orgánico para hacer que la filosofía y la política sean posibles. Pensar y asumir el propio destino. Todo mito originario de lo urbano deriva a la fantasía de la destrucción: «Todo lo que ha surgido en esta ciudad en cuanto a leyendas y canciones está lleno de la nostalgia por un día profético en el que un puño gigantesco aplastará la ciudad con cinco golpes seguidos». El poder siempre sueña con destruir la ciudad, porque es el lugar del desorden y de la diversidad. La destruye o la fractura. La Praga fracturada por el poder, los lugares donde el poder ha conseguido aniquilar la ciudad y convertirla en lugar – castillo, oficina, colonia penitenciaria– son los lugares de Kafka. Porque Kafka ha encontrado el absurdo de este ser que quiere edificar torres que lleguen al cielo y destruye las ciudades en las que se refugia para huir de la pesadilla de la unidad. La ciudad de K. como alegoría de la desolación espiritual.